

tomármelo para que creyera que era un veneno; pero me detenia el temor de que se descubriera mi farsa y quedara yo en un espantoso ridículo. Al cabo de las dos horas me dirigió la palabra Enriqueta y me dijo:

—Necesito hablarte, vamos al salón rojo.

—Vamos, contesté lacónicamente. Pasamos al salón que me indicaba, nos sentamos, estuvimos un rato en silencio. hasta que rompiéndolo ella, empezó:

—Veo que estás muy enojado conmigo y no sé á que atribuirlo.

—En efecto, señorita, tenga usted la bondad de no atormentarme más.

—Mira, voy á darte explicaciones.

—Es inútil, no se disculpe usted, más vale que terminemos.

—No me hables de usted, atiende á lo que te voy á decir y verás como no soy culpable como tú crees. Estoy segura que estás de ese modo porque viste que tenía Ernesto mi mano entre las suyas.

—En efecto.

—Pues figúrate que bajé la mano, él la tomó, yo hice esfuerzos para soltarme, él apretó y no supe que hacer. Si hubiera gritado, todos se habrían advertido y no sé qué hubiera dicho mi tío! Ahora comprendo que debí haber hecho un escándalo aunque fuera nada más por complacerte, culpame pues de tonta; pero no de coqueta.

—Sí, ¿y por eso tenías tus pies oprimiendo los de los que estaban enfrente?

—Creo, me figuré que eran las patas de la mesa.

—¿Entonces por qué cuando levanté el mantel te compusiste tan violentamente?

—Porque estaba en una postura chocante que te hubiera desagradado mucho. Me quedé un rato pensativo, "puedo que tenga razón" dije entre mí. Ella repuso:

—Ya ves cuán injusto eres y qué mala suerte tengo. Hasta mis movimientos más sencillos que tienden siempre á conservar la ilusión que pudieras tener por mí, se vuelven en mí e ntra y..... ya ves..... Una lágrima brotó de sus ojos; lágrima que disminuyó mi cólera y ablandó mi corazón.

—Dispénsame, le dijo, ¿no hubieras creído tu en una infidelidad si hubieras visto lo mismo?

—No, hubiera preguntado para después enojarme. Me has hecho una ofensa grave, muy grave; crearme coqueta....

—Perdóname, Enriqueta, te lo suplico, te prometo no volver á ser tan ligero en mis apreciaciones.

—No puedo perdonarte, creo que lo mejor es concluir como decías antes, no es la primera vez que dudas de mí. Me arrodillé, con voz suplicante y bajando los ojos, repuso,

—¡Perdóname! mira, te lo pido de rodillas; no me hagas desgraciado.... te juro no volver á dudar de tí.

—¿Lo cumplirás?

—Sí, Enriqueta, sí.

—Levántate, estás perdonado. Me levanté tomé sus dos manos, la contemplé un rato con delicia y luego le di un beso en cada ojo. Quedamos reconciliados y contentos. Me despedí prometiéndole